

REPORTAJE DE UN SUCESO

-Uno de los problemas que ahora nos planteamos –reflexionó Emmanolo- es el de la información que en esta casa podamos recibir sobre lo que está sucediendo fuera de ella. Nos gustaría saber lo qué está pasando en cada momento, y no sólo en Roma, o Río de Janeiro sino en cualquier parte del mundo en el que una tumba se abriera y vomitara o escupiera su cadáver. Y ello no es posible pero no porque la retícula informativa que ahora está funcionando en el mundo en los altos niveles tecnológicos no nos sea accesible porque aquí, qué tenemos? Un poco de televisión y otro poco de radio que, además, no sabemos si funcionan, cuando funcionan en directo o en diferido, sino porque, aún en el mejor de los casos probables, con toda la tecnología en punta para nosotros, no nos sería fácil saber lo que está ocurriendo.

Imaginemos las mejores condiciones posibles, ¿no?, para la comunicación estoy diciendo, ¿no? Pues los hechos que suceden en lugares distantes a nosotros nos llegan... un poco después (aunque sea poquísimo, casi nada) de haber sucedido. En el directo, que se dice, no vemos lo que está sucediendo ahora sino lo que sucedió hace un rato, que puede ser una diezmillonésima de segundo, pero hace un rato, ¿no? Y esto es así porque, además, además o mejor, sobre todo, sobre todo, el concepto de simultaneidad es una baratija después de que fuera desmontado por los epistemólogos asociados a la teoría de la relatividad, crítica que no se detiene en la banalidad de decir que esa estrella que ahora vemos ya no está ahí o incluso es posible que no exista desde hace miles o millones de años, cualquiera sabe... Cómo empleamos los números cuando hablamos del cosmos... con qué alegría, o con qué incapacidad... demasiada indeterminación... ¿verdad?... Pero lo que puede plantearse es más gordo que eso, en función de las relaciones del espacio, del tiempo y de la velocidad.

O sea que, hablando en plata, se puede imaginar como un fenómeno teóricamente practicable (o sea, imaginable) que un comunicador o reporter, llamado para un suceso, se ponga en tal velocidad que llegue al lugar... antes de haber sucedido el tal suceso, y valga la redundancia (que esto sí lo es)... ¿os parece una tontería? Pues esta tontería ha ocurrido ya, y a mí me lo contó Torremocha, que es el protagonista de esta historia.

¿No conocéis a Torremocha? Es un muchacho muy corriente, bueno, ya no tan muchacho, pero cuando yo lo conocí sí lo era. No sé si es andaluz o de Badajoz pero recreado en Granada, donde trabajó como redactor de "El Ideal" y escribió la sección de sucesos durante dos o tres años, hasta que lo contrató Eugenio Suárez, el director y propietario de "El Caso", como redactor de los crímenes más notables y de los sucesos de mayor importancia. De modo que se vino a Madrid.

Yo le busqué una pensión en la calle de Colmenares, al lado de una tabernilla que se llamaba "La Gabriela", y allí tomábamos algunos vinos. Vivía yo en la calle de la Libertad, que está al lado, y me gustaba pasar un rato en aquella taberna antes de irme a comer. O sea, quiero decir que es una persona con la que tengo bastante confianza..., con la que tengo y en la que tengo bastante, mucha confianza.

No tan muchacho, es verdad, porque ya no cumple los cincuenta, aunque los lleva muy bien, pero sí, como os decía, una persona corriente, tirando a vulgar y carente de fantasía. Te escribía muy bien un suceso pero que no le sacaras de ahí. En cuanto a posibles aficiones, sabía mucho de toros y no le interesaba nada que oliera a misterio, parapsicología o sobrenatural. Cuando aquello de los fantasmas de la calle Echegaray, él comentaba que eso era una idiotez y cretinos todos los que lo creyeran, y sobre fenómenos raros y curiosos no quería ni oír hablar: esas son tonterías, macho, solía decir. Newtoniano sin saberlo, y habitante de la Galaxia Euclides, un día traté de decirle algo sobre Einstein y lo que le pasaría a la masa de una persona si viajara a la velocidad de la luz, y me dijo que cómo podíamos admirar a un loco así y decir que es un hombre de ciencia: lo absurdo es absurdo, Emmanolo, y no me vengas con chorradas. A mí me recordaba la filosofía del Guerra, aquella de que lo que no puede ser no puede ser además es imposible. Tal era, y es, porque vive (modestamente pero vive) el personaje. Yo le decía que la energía es igual a la masa por el cuadrado de la velocidad de la luz en el vacío, y él me mandaba a hacer puñetas.

El episodio que voy a transmitir tal como él me lo contó durante la temporadita en que se fue a vivir, de resultas de lo que pasó, en el manicomio de Nuestra Señora de Quitapesares (Segovia), sucedió el día del atentado de ETA al almirante Carrero Blanco. Se encontraba él en la redacción de su periódico, escribiendo sobre una señora que le había cortado la cabeza a una joven argentina que era su nuera y que la llevaba en una sombrerera, al ser detenida por la policía (llevaba la cabeza de su nuera y no a la nuera en su totalidad, lógicamente, pero os lo estoy contando como un demonio de mal), cuando hubo un gran temblor de teletipos, y allí estaba la noticia. Era el día 20 de diciembre de 1973, por la mañana, cuando Suárez, el dire, lo sacó de la sombrerera sangrienta para ordenarle que saliera a toda pastilla a la calle de Claudio Coello, donde acababa de suceder algo gordo aunque todavía no era posible saber qué, y se pensaba en un accidente debido a una explosión de gas ciudad; pero ya os he dicho que fue el atentado mortal al Almirante Carrero Blanco.

¿Ir a toda pastilla? ¿Por una explosión de gas? Pero algo vio Torremocha en los ojos del director, que le impulsó a salir, efectivamente, a toda mecha, a la calle a bordo de su mugrienta lambretta.

Aquella lambretta tenía también su historia aunque Torremocha no le daba importancia; para él no era más que una moto de ocasión que le había comprado a un

gitano. ¡Pero qué gitano! Fue conocido después como mago telepático en los más famosos circos, y se dio en decir que tenía relaciones con el más allá en el lado del infierno.

Regentaba una especie de chatarrería transfigurada en tienda de antigüedades con una sección de tarot, magias varias, santería afrocubana (con Changó, Yemayá, Oggun, Ochosi y todo el olimpo de los orishas), varitas mágicas y objetos procedentes del espacio exterior. Se reía Torremocha cuando nos contaba que el gitano Montoya Etxebarria (que así se llamaba) le había vendido la lambretta, antes de ser famoso en los circos, asegurándole que aquel cacharro “procedía del espacio exterior y que, si se acertaba a manejarla, era capaz de viajar a la velocidad de la luz”. “Y an más”, decía a veces, cuando ya se había tomado media docena de cañas de montilla en “La Gabriela”.

-Con que me lleve a sesenta por hora al curro, ya tengo bastante –decía Torremocha.

-Estos gitanos son la monda –le dijo un día un tal Patricio, que había sido guardia civil.

-Y que lo digas –asintió Torremocha-. Imagínate: que la lambretta había llegado a la tierra en el interior de un meteorito que había caído en Almería. ¡Ni más ni menos! Es verdad: estos gitanos son la monda.

Así se expresaba Torremocha, amigos míos, y estaba muy lejos de su ánimo pensar que la lambretta, si se acertaba con un resorte misterioso (una clavija invisible, decía Montoya Etxebarria, y yo le dije a Torremocha que esa lambretta era una especie de clavileño a la italiana), podía dispararse de aquella manera fantástica; podía lanzarle a uno a la velocidad de 299.793 kilómetros por segundo, poco más o menos, por los espacios siderales. Era una anécdota pintoresca, sin duda: el gitano le había vendido a Torremocha una especie de burro viejo explicándole virtudes imaginarias, la historia estaba clara hasta que pasó lo que pasó. Y lo que pasó, pasó, y no es que yo os lo diga ahora para divertirnos un poco mientras trabajamos en esta, también, extraña historia.

Desde “las mil y una noches” hasta hoy, ¡cuántos vehículos mágicos no habrá habido! Contad alfombras voladoras y botas de siete leguas: sueños de la humanidad... dejar de ser gusanos reptantes y volar, volar. Llegar en seguida. Llegar, por lo menos, a tiempo. Llegar ya para ver a nuestro padre antes de que se hunda definitivamente en el abismo de la muerte. ¿Se puede hablar así? Es romántico, es tópico, es idiota, ya lo sé; pero yo vuelvo a decirlo: hundirse en el abismo de la muerte. ¿Y qué? No se ha inventado mejor manera de decir lo que nos pasa cuando nos morimos. ¿Y ahora? ¿Es la resurrección? Entonces, ¿era verdad que somos inmortales?

“A toda pastilla, Torremocha”. Y Torremocha pensó en llegar a tiempo. ¡No antes de tiempo! ¡A tiempo! Como cualquier periodista de sucesos que no se resigna a recoger los restos de una información. Pensó en llegar a tiempo y tuvo la idea de que la lambretta del gitano podría dar, si no mucho, algo más de sí que lo que daba cada día. Hizo lo que siempre hacía para poner la moto en marcha, ni más ni menos, y, dice, algo le pareció notar, como un vientecillo suave, mientras ponía rumbo a la calle de Claudio Coello, Parece, según le había dicho el director, que se había abierto un embudo en el asfalto como resultado de la explosión.

Aquel vientecillo suave que sintió Torremocha a bordo de su lambretta, fue acompañado de una pérdida de visión de lo que sucedía en las aceras. Él mismo me dijo después, en el manicomio de Quitapesares, que las figuras de la gente que transitaba por las calles se fueron haciendo borrosas hasta casi desaparecer, pero que él lo atribuyó a un problema de sus ojos, y que pensó que tendría que ir al oculista un día u otro, a no ser que esa pérdida de visión no se repitiera, o sea, que fuera un episodio banal e irrelevante. De todos modos era raro (pero eso lo pensó después) que siguiera viendo muy bien los vehículos que corrían por la calzada: El fenómeno afectaba sólo a las aceras, de las que también fueron desapareciendo, borrándose, las fachadas de las casas y los escaparates de los establecimientos.

-Estoy yo bueno. A ver si han sido las aspirinas –se dijo, recordando que había tomado tres tabletas durante la noche, porque le dolían las muelas (así) “cosa mala”.

No se le ocurrió consultar el reloj ni cuando emprendió la carrera ni cuando aparcó la moto en la calle de los Hermanos Bécquer. Es un dato que podría investigarse, aunque no de modo suficiente, hablando con el director de “El Caso”, que nos diría, si lo recuerda, a qué hora salió Torremocha de la redacción del periódico. En cuanto a la llegada a Hermanos Bécquer, se puede inducir en la cronología del acontecimiento histórico: la muerte del Almirante.

Aparcó, pues, su moto en un hueco que encontró en la calle de los Hermanos Bécquer, en la que vivía, si os acordáis de este dato, el Almirante Carrero (esquina a general Oraa, ¿no se llama General Oraa?), pero Torremocha en esos momentos no tenía ni idea de lo que había sucedido... ¿He dicho de lo que había sucedido? ¿O aquel suceso iba a suceder? ¡Pero entonces no era suceso, un sucedido, sino un sucedible, y...! Bueno, no nos enredemos ahora en esta cuestión. El caso es que Torremocha iba a la calle de Claudio Coello porque una explosión había turbado la calma del barrio y abierto un gran agujero en el asfalto detrás de la iglesia de san Francisco de Borja. “Vete allí como un rayo –o sea, a toda pastilla- y me lo cuentas luego”, habían oído las palabras de Eugenio Suárez y disculpadme tanta reiteración, pero es muy importante que eso quede claro: que no es que se temía que ocurriera algo, como tantas veces sucede, sino que la cosa había hecho pum y el barrio estaba alarmado y

en plena agitación cuando el director Suárez recibió un recado por teléfono, y es que su cuñada vive en la calle Diego de León, muy cerca del lugar.

Yo le pregunté a Torremocha, ahora que lo recuerdo, si aquel efecto óptico o lo que fuera se había desvanecido al aparcar, súbitamente, o de qué manera, y me dijo que eso no lo recuerda bien, que se bajó de la moto y la gente andaba por la calle, y ya nada era borroso sino muy nítido y natural. Desembocó en la calle de Serrano, pasó delante de la Embajada de los Estados Unidos, cruzó Serrano y subió por Maldonado (casi seguro), para llegar a Claudio Coello. Era por allí, pero nada en el ambiente hacía presumir que en la vecindad había habido una gran explosión. Ni sirenas de bomberos o de policías ni, por las aceras, movimiento insólito de gentes o miradas expectantes a un determinado lugar, ni corrillos en los que se hablara animadamente como suele suceder cuando la vida cotidiana es interrumpida por algún acontecimiento ruidoso, inquietante o pintoresco. Al llegar a la esquina de Maldonado y Claudio Coello, se detuvo a mirar. Allí, a espaldas de la iglesia de San Francisco de Borja, la vida transcurría tranquila. Tomó por Claudio Coello hacia Diego de León; quiere decirse que en esos momentos estuvo "allí". Se encogió de hombros. "Lo habré entendido mal. Será en otro sitio. O será que el dire se habrá desayunado con whisky el tío. O me ha gastado una broma el cabroncete. Pero faltan ocho días para los Inocentes, ¿no te jode?. De Torremocha no se pueden imaginar expresiones más finas o complejas, y yo me apuesto lo que queráis a que no pensó otra cosa ni de otra manera.

Fue por la acera de la derecha, y dice que, al llegar a la esquina de Diego de León, había un empleado de la telefónica reparando una línea, subido en una escalera. Siguió por Claudio Coello hasta María de Molina y bajó de nuevo hasta Serrano. Anduvo hacia abajo, pasó por delante de la fachada de la iglesia de San Francisco, a tiempo de ver algo que le sorprendió fuertemente. "¡Ahí va, si es Carrero Blanco!". Así era. El Almirante acababa de salir de la iglesia y era recogido en un coche negro. Torremocha vio que se alejaba hacia Juan Bravo y bostezó ligeramente. Pensó darse una vuelta por aquellas calles y si no había nada llamar al director o volver sin más a la redacción del periódico cuando, de pronto, oyó una explosión terrible. Subió por Maldonado y ya encontró un ambiente de gente asustada, carreras, gritos. "Una explosión de gas", dijo alguien corriendo en dirección contraria a la suya. Lo que vio en Claudio Coello le hizo dar un silbido. Joder, qué agujero, y la gente venga de corre y de gritar.

Escribió un reportaje muy bueno. Había llegado antes. ¿Qué os parece la historia?

Desde luego, al dire no le dijo que había llegado antes. Ni al dire ni a nadie hasta que me lo contó a mí en el manicomio, en el que fue encerrado por causa de un alcoholismo posterior que lo volvió iracundo y dicen que peligroso. ¡Pobre

Torremocha! Lo recuerdo en el jardín de Quitapesares y he de decir que me reconoció al verme, que me dio un abrazo y que me dijo cuánto me agradecía el detalle de haber ido a visitarle.

Mucho se ha escrito y dicho sobre la posibilidad de saber antes lo que va a suceder..., premoniciones, anticipaciones del futuro... Pero éste es un caso más curioso porque Torremocha, si es verdad lo que cuenta, llegó "antes"... ¡una vez sucedido! Atadme esa mosca por el rabo.

¿Y qué se hizo de la moto? ¿Dónde está? ¿No podría hacerse un análisis de su "magia" por manos expertas en mecánica cuántica y en teoría de la relatividad? ¿verle las tripas a la moto del gitano? Nada de ello hubiera sido posible pues cuando Torremocha volvió a la calle de los hermanos Bécquer, la moto ya no estaba. Imagino que se la pudo apropiarse un caco que pasó por allí y quién sabe lo que habrá sido del caco y de la moto.

Nuestra Mirna había escuchado el relato de Emmanolo con un interés que me llamó la atención. Hubo algunos comentarios que no reproduzco aquí porque no los recuerdo bien. Paca abrió una latita de atún y comimos su contenido con tostaditas y cerveza. Estábamos así cuando sonó una voz de ultratumba y era Julio Pacheco, fresco como una rosa. Nos dijo que se había puesto las botas durmiendo. "Estoy como nuevo". Le explicamos la situación y nos animó a llevar las cosas del mejor modo posible. Había escuchado la historia de Emmanolo, que le había interesado mucho. "estoy pasando la gripe de pie", comentó como siempre; "y sobre esto del espacio-tiempo tengo algo que contaros si me dais la venia."

Lo felicitamos por su pronto restablecimiento y pasamos a escucharle mientras la lluvia se hacía más intensa sobre nuestro tejado y los guardias buscaban algunos precarios refugios desde los que seguir su vigilancia de las necrópolis.

Pongo aquí el relato de Julio Pacheco con un título que acaba de ocurrírseme.